

el gran arcipreste

OTRA vez, el Arcipreste de Hita va a ser utilizado por la escena española. Otra vez se va a buscar en él esa dimensión popular y ese frescor idiomático que nuestro teatro moderno tiene perdidos. Nuevamente, van a cargarse sobre las espaldas del gran Arcipreste necesidades modernas. E incluso, corriendo algún riesgo, me atrevo a decir que será ahora, precisamente con el texto de Martín Recuerda sobre el Arcipreste, cuando nuestros teatros oficiales intencionalmente un tipo de espectáculo que se ha abierto camino en el mundo teatral contemporáneo. La oportunidad parece clara y sería sorprendente que un hombre de la sagacidad profesional de Marsillach no la aprovechara adecuadamente. Su temporada —después de tantas concesiones en otros teatros— del Español es fundamental para él y, sin duda Marsillach luchará por defenderla con todas sus fuerzas. El Arcipreste, ya digo, será su valedor.

Es paradójico, y obliga a plantearse una serie de consideraciones, el hecho de que, una y otra vez, los escritores españoles busquen el remedio de los males en el Romancero y el Arcipreste. Habiendo cambiado profundamente la estructura, los problemas, el lenguaje y el pensamiento de la colectividad española, sin embargo, se busca en estos viejos textos algo así como una fuerza perdida. ¿No será esto un error? ¿No sería mucho más lógico que la literatura dramática española se esforzase por hacer un teatro cuya dimensión popular brotase del pueblo actual, del que va a los estadios, del que llena los metros, del que calla o protesta día a día, en lugar de recurrir a antiguos textos? ¿Qué "literaturizaciones" o cultismos pseudopopulares no se encierran en esta actitud?

El tema tiene dos momentos claramente definidos. Está, en primer lugar, el valor indiscutible del libro del Arcipreste. Cuanto se haga por divulgar y ampliar su alcance, que es lo que se debe de pretender en el Español, estará bien hecho y será poco. Viene, después, un segundo momento en el que ya no se trata de representar, leer, o mostrar al Arcipreste, sino de tomarle por modelo. Es decir, de seguir viendo en su "Libro del Buen Amor" las notas de una literatura popular moderna. El fenómeno se deriva, casi automáticamente, de la confrontación del Arcipreste con la innumerable serie de escritores que jamás traspasaron los límites del teatro para la burguesía. De esta confrontación surge el Arcipreste vigoroso, fundamental, y, erróneamente, imitable. Imitación más o menos sutil, que nos lleva a la paradoja populista de hablarle al pueblo de hoy con la literatura del pasado.

Espero y deseo que el espectáculo de Marsillach tenga éxito. La versión del "Libro del Buen Amor" que, no hace mucho, montó Angel Fernández Montesinos, dio pie a una de las mejores jornadas de nuestro moderno teatro de cámara. Hay que imaginar lo que esta materia puede ser en las manos y con los medios de Marsillach. Difícilmente podríamos encontrar mejor fuente en nuestra antigua literatura.

Pero uno vuelve a temer que el "pueblo" fijado por la literatura llegue a ocupar el sitio del pueblo real de nuestro tiempo. Que el "pueblo" sea un modo de hablar o de mostrarse, en lugar de una colectividad gobernada por unas coordenadas históricas precisas. Que el "pueblo" sea entendido como una realidad emotiva y abstracta que pasea sus bromas y tragedias a lo largo y por encima de la historia.

Lo curioso es que esta "imagen literaria" llega a operar inoperadamente sobre todas las zonas de nuestra sensibilidad colectiva. A través de la misma, llega a plantearse una oscura batalla crítica. Seguimos combatiendo por o contra esa imagen, por o contra esa literatura, como si fuéramos incapaces de proponer desde la escena una imagen real, inmediata, verbalmente cálida, de nuestro pueblo y nuestro tiempo.

JOSE MONLEON



si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!

SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ